

LA CULTURA ISLEÑA EN LA VIDA DE LA MUJER

Miss Iris Abrahams, símbolo del mestizaje en el archipiélago de San Andrés y Providencia*

MARIA CRISTINA LAVERDE TOSCANO**

Todo escrito tiene una razón de ser y es dueño de una historia particular. En el caso de este trabajo las peculiaridades de esa historia merecen algunos comentarios iniciales.

Colombia es un país de regiones con singulares características geográficas, históricas, económicas, étnicas y culturales. Aunque existen diversos elementos cohesionadores de la nacionalidad, las diferencias entre tales regiones alcanzan formas y matices tan complejos que dan lugar a disímiles tipologías humanas, a encontradas maneras de ver el mundo, de organizar la convivencia, de enfrentar la naturaleza, de relacionarse con el otro.

En mi circunstancia personal, soy de Bogotá. Amo, en consecuencia, el verdor del altiplano y sus sabanas, el entorno de sus montañas

* Esta crónica se elaboró a partir de una larga entrevista de la autora con Miss Iris, realizada en San Andrés en Octubre de 1990. En la preparación de este trabajo, agradezco especialmente el apoyo brindado por María Haydeé Valdés Berón, Gerente del Banco de la República en el archipiélago. En la misma forma, doy gracias a Yasmine Dau Bermúdez, oriunda de la isla y Directora Cultural de la misma institución.

Este escrito fue premiado en octubre de 1991, dentro del "Concurso Nacional de Crónicas Periodísticas sobre la Orinoquia, la Amazonia y San Andrés y Providencia, Julio Daniel Chaparro", organizado por la Lotería de los Territorios Nacionales, en reconocimiento a los doscientos años de periodismo en Colombia.

** Socióloga, Directora del Departamento de Investigaciones de la Universidad Central, ensayista, investigadora social.



Miss Iris Abrahams.

voluptuosas, su vegetación, sus gentes y, por sobre todo, su clima: ese frío dulce que acaricia en las mañanas; que no agrede ni distrae el pensamiento y que en la noche, cuando es intenso, puede mitigarse deliciosamente al calor crepitante de los leños en la chimenea. Siento que esta región calurosa, es inconsecuente con su geografía y, de alguna manera, traiciona a sus habitantes.

Mi cotidianidad transcurre cobijada por el frío que me vió nacer. Aun el esparcimiento lo privilegio al amparo de los doce grados, que permiten, sin azoros, el disfrute de un libro, el solaz en el campo o la contemplación del paisaje. Sólo los gajes de madre me obligan, tras distintas elaboraciones y resistencias, a desplazarme a lugares donde la única parte de mi cuerpo que funciona a la perfección es la epidermis por cuyos poros fluye a torrentes la inconformidad. Soy bogotana sin ambages y es mío todo lo que a esa región pertenece, sin que esta condición implique chauvinismo alguno. Lejos de ello, quiero a mi patria hasta el último de sus rincones y sé cuán bella, grande y rica es nuestra geografía tropical.

Con todo y las confesiones anteriores —y aquí comienza la génesis curiosa de esta crónica—, existe un lugar en el Caribe colombiano que logró cautivarme desde el primer momento. Me atrapó la magia de sus múltiples encantos: el cielo azul intenso, dueño de una luz profunda que conduce al infinito. Una mar donde juega cadenciosa y entremezclada toda la gama de azules y de verdes que danza con los arrecifes de coral; las playas de arena mullida, harinosa y blanca donde se yerguen cientos de palmeras legendarias. Ese pequeño paraíso no es otro distinto al archipiélago de San Andrés y Providencia que, junto con Santa Catalina y trece cayos más, integran un conjunto insular cercano a los cincuenta y cinco kilómetros cuadrados. Un espacio que le proporciona a Colombia quinientos mil kilómetros de mar territorial. Inmenso potencial aún no valorado por culpa de la mentalidad continental, consolidada de espaldas al mar y a sus fronteras. Las costas colombianas y regiones tan inmensamente valiosas como la Orinoquia y la Amazonia, han sido las grandes olvidadas de planes y programas oficiales porque continuamos anclados en las montañas, sus laderas y vertientes.

La mirada del turista

Visité las islas por primera vez hace cerca de quince años. Llegué, lo admito, como cualquiera de los miles de turistas que a diario concurren al archipiélago. Buscaba el bronceado de moda para esa

piel desteñida que caracteriza a los del interior, algunos juguetes Fisher-Price para mi pequeño bebé, toda clase de dulces elaborados a base de azúcar refinada que hoy impugno como uno de los principales venenos de la industrialización, uno que otro perfume francés, y algunos electrodomésticos. Era, en mi condición de turista, parte del engranaje de una mentalidad comercial inmediatista y, a la postre, depredadora de parajes y culturas. Sin embargo, me encontré con un hermoso lugar jamás imaginado. Logró maravillarme, a pesar de la miopía de mis ojos de entonces. Descubrí un paisaje que deja huella en tanto representa “una incitación irresistible al gozoso ejercicio de vivir” como lo señala Ramón de Zubiría en su escrito sobre el perfil del caribeño¹.

También me deslumbró la arquitectura de San Andrés; aun sabiendo que a partir de 1950 sus patrones de asentamiento empezaron a ser objeto de profundas transformaciones, consecuencia del carácter de puerto libre que adquirió la Isla. Con todo, en 1975, muchos sectores conservaban atributos definidos de ese histórico patrón que ubicaba las viviendas en forma lineal y dispersa. Un modelo de asentamiento que conjuga factores de orden ecológico, económico, social y cultural. Bellísimas viviendas de influencia europea, amalgamada con elementos de la cultura afroamericana.

Desde aquel primer viaje, me conmovió la alegría cósmica del nativo. El isleño como caribe, es dueño de dos rasgos tipificantes: “...el júbilo existencial y la extroversión...” “A las exigencias del trabajo esclavo, a la dureza de sus vidas, no se inclinaron. Estuvieron en rebeldía. Las huídas, las luchas, la cimarronería, los palenques, nos recuerdan cual fué su actitud... Ellos —los esclavos negros— qué trajeros? cuál fué su aporte? Fue bien vario y enriqueció nuestras vidas. A ellos les debemos un tipo de religiosidad, otros enfoques culturales, una singular y penetrante sensibilidad. Entrelazaron, lo mágico con lo religioso”². Con su arte y con sus tradiciones se defendieron de la esclavitud de sus ancestros. De allí la plasticidad de sus cuerpos, y todo el ritmo y la musicalidad que les invade. A pesar de estas apreciaciones, les sentía distantes. Tradicionalmente, *ser colombiano* se asimila al uso de la lengua española. La historia oficial,

1. Zubiría, Ramón de. “*Perfil Humano del caribe*”. En, “San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y apertura política”. Clemente, Isabel (Coordinadora). Ediciones Uniandes. Tercer Mundo Editores. Bogotá, Colombia 1989. pág. 17.

2. Morales Benítez, Otto. “*Memorias del mestizaje*”. Plaza & Janes. Editores Colombia Ltda. Editorial Presencia, 2a. edición, Bogotá, 1984, pág. 61.

transmitida formal e informalmente, señala a Colombia como Estado monolingüe, católico y —menos explícito— con el privilegio étnico del blanco. Luego, encontrarme con un grupo negro que, según las circunstancias y el escenario, utilizaba un lenguaje que no alcanzaba a comprender o un inglés con ciertas características, me ubicaba en otro territorio. No entendía que la distancia la imponía yo, mis prejuicios culturales y un paradigma de lo colombiano que desconoce la existencia de más de cien minorías étnicas comunicadas en sus lenguas vernáculas y según los cánones de su patrimonio cultural.

En los años siguientes, con la misma mirada enamorada pero frívola y ligera, realicé otros desplazamientos hacia el archipiélago. Luego de un período largo, a finales de 1990, retorné, y sentí el paso del tiempo. Muchas cosas habían cambiado y, además, en mis ojos se anidaba una nueva sensibilidad. Quizás por lo último, logré algo inalcanzable en otros momentos: encontrarme con su gente; conocer al ser maravilloso que se encarna en la figura de Miss Iris Abrahams, símbolo de esa cultura isleña que Colombia entera debe rescatar y preservar como expresión de uno de los más ricos mestizajes americanos.

Iris Abrahams es una pintora amante del viejo San Andrés de sus memorias y añoranzas; por eso busca inmortalizarlo en los paisajes que, al óleo, diariamente recrea desde el pequeño taller en su casa de San Luis. Sus días transcurren en una silla de ruedas que jamás le ha impedido realizar los oficios del hogar; con menor razón, gozar del mundo de la creación, de la música o de la presencia de familiares y amigos que a diario la visitan. Esta mujer, además de centenares de cuadros, tiene noventa y un años, cinco hijos, veintisiete nietos y cuarenta y seis bisnietos. Cuida, también, su colección de más de doscientas violetas africanas.

Africa, América y Europa: La riqueza del mestizaje isleño

Los orígenes de este bello archipiélago recogen gran parte de la historia de nuestra nacionalidad. Henrietta fue el nombre original de la isla de San Andrés, la más grande del conjunto insular. En honor a su Reina, así fue bautizada por los puritanos ingleses que, hacia 1629, constituyen el primer asentamiento sobre sus suelos; venían acompañados de esclavos capturados en el Africa, comprados en barcos

corsarios o en veleros de distintas ciudadanía europeas³. En esta colonización, se reconocen ya los componentes étnicos primigenios de lo que será la civilización isleña: una cultura caribe soportada en elementos afro-ingleses*.

Aquellos colonos y esclavos, junto con expediciones llegadas en los años siguientes, fueron desalojados de las islas por los españoles. Eran parte de las víctimas del forcejeo permanente entre Inglaterra y España: dos potencias que luchaban por la hegemonía de una zona que, desde entonces, se consideraba estratégica para el control del continente. Veinticinco años continuos duró el único período en la historia del archipiélago en que fue ocupado por una población exclusivamente católica y de habla hispana. Vino luego la reconquista inglesa comandada por Henry Morgan y, tras una nueva invasión española, las islas fueron abandonadas por las dos naciones. Lentamente fueron llegando otros colonos ingleses, esclavos y algunos descendientes de plantadores jamaicanos con sus esclavos negros. Los escasos habitantes de entonces, en constantes desplazamientos, viajaban hacia Centroamérica; unos pocos, quizá quienes carecían de compañera, traían mujeres indígenas de los Miskitos —ubicados en la Costa de los Mosquitos en Nicaragua— y todos se daban a la tarea de crecer y multiplicarse.

Nuevas colonizaciones (inglesas, irlandesas, holandesas, escocesas, francesas) se sucedieron a lo largo de más de dos siglos, aportando ingredientes desconocidos al riquísimo proceso de mestizaje isleño; sin embargo, la cultura negra conservó un lugar preponderante, no sólo desde el punto de vista numérico (según censo realizado en San Andrés en 1793, de 391 habitantes, 281, o sea el 71%, eran esclavos; en 1806 el 73% lo era. En Jamaica, y como dato complementario, hacia 1750, existían 130.000 esclavos, frente a 10.000 blancos⁴), sino,

3. Cfr. Parsons, James J. "*San Andrés y providencia. Una geografía histórica de las islas colombianas del Caribe*". El Ancora Editores. Tercera edición. Bogotá, 1985. Págs. 25-29.

* En la cultura Caribe está presente el indígena. Según Parsons y otros investigadores, hacia 1635 llegaron de Massachusetts algunos barcos cargados de colonos; en una de estas embarcaciones venían quince indios y dos indias Pequot, los cuales se encontraron con los indios Miskitos que vivían transitoriamente en Providencia o que venían a pescar y a cazar tortugas.

4. Cfr. FRIEDEMANN, Nina S. de. "*Religión y Tradición Oral en San Andrés y Providencia*". En "*San Andrés y Providencia: tradiciones culturales y coyuntura política*". Ediciones Uniandes. tercer Mundo Editores. Bogotá, Colombia 1989. Págs. 148-150.

fundamentalmente, por el atavismo cultural africano, palpitante en la esclavitud americana: sus tradiciones y valores; su religiosidad, sus ritos y sus héroes; su concepto del bien y del mal, de la vida y la muerte, del cuerpo y la sanación; su música, su danza, sus viviendas...

Esta cultura mestiza ha sido objeto de los embates del colonialismo en todas sus manifestaciones y en los más diversos momentos históricos. No obstante, hasta los albores del siglo XX logró preservar su riqueza, por tres razones fundamentales. En primer lugar, por la fuerza que emerge de una etnia que tuvo que rebelarse para conquistar su libertad. En segundo lugar, y paradójicamente, por el olvido y la marginalidad a que la mayor parte de los gobiernos centrales del siglo pasado sometieron al archipiélago: las islas no existían para la Colombia continental. En tercer lugar, porque las escasas intervenciones del gobierno central, anteriores a la Regeneración, se guiaron por una política de cierto respeto hacia la cultura isleña: en 1869, y como fruto de la Reforma Educativa Radical, por decreto presidencial se ordena traducir al inglés la Constitución Nacional, con el fin de que su población pudiera conocerla y acatarla. Hacia 1870, cuando la educación primaria se vuelve obligatoria, se fundan escuelas en San Andrés y Providencia; a ellas asisten cuatrocientos diecinueve alumnos, dirigidos por el credo protestante. A partir de las siguientes décadas, y con mayor énfasis desde 1950, irrumpe un vertiginoso proceso de deculturación, de vasallaje cultural, cuyas consecuencias no han sido sopesadas en su dimensión real. Se teme que de continuar por este camino, Colombia se enfrentaría a un lamentable etnocidio.

Lo judío, nuevo ingrediente étnico

En conversaciones con habitantes de San Andrés y con María Haydeé Valdés Berón, una mujer del interior, destacada funcionaria residente y amante de las islas, conocí de la existencia de esta pintora isleña que nació con el siglo. Alcancé el privilegio de charlar con ella durante largas horas y entender que esta historia singular de más de nueve décadas, es el resumen de la historia de los cambios en el archipiélago. Asimismo, la síntesis de un sincretismo en el que concurren los más diversos orígenes y culturas.

Iris Abrahams se encontró con la vida el 18 de marzo de 1900, en la isla de San Andrés. Su abuelo paterno fue un judío que llegó a Jamaica hacia 1850. Venía de Inglaterra como marinero en un barco de comerciantes que transportaba muebles clásicos renacentistas,



telas, paños, hermosos brocados, calzados de finas hebillas; además, todo tipo de manufacturas y bienes suntuarios para satisfacer los gustos y necesidades de los europeos residentes en sus colonias de esta parte del continente. Al mismo tiempo, estos productos surtían a la burguesía criolla americana, dueña del poder en algunos países del Caribe; países desde entonces condenados al monocultivo que convirtió a las antillas en las "Islas del azúcar". Por eso, barcos como el de Mr. Alexander Abrahams, regresaban a Europa cargados del azúcar, el tabaco, el añil, el cacao, el café o el algodón destinado a las fábricas textiles, transformadas por la Revolución Industrial.

Mr. Abrahams se casa en Jamaica con una judía de la cual tuvo dos hijos. Ante la muerte temprana de su esposa, se traslada definitivamente a San Andrés, dejando a los pequeños con la familia materna. Allí, contrae matrimonio con una nativa sanandresana, protestante, quien también muere a los pocos años. Era la época de insalubridad total, donde no existía la figura del médico, ni aún la del puesto de salud. La medicina hospitalaria y preventiva sólo se conoce en la isla hasta bien avanzado el siglo XX. Las últimas nupcias las celebró con Dricila Bernard, una mujer de Providencia que, igualmente, pertenecía a la Iglesia Bautista. Esta condición no reñía con la mentalidad de un europeo cuyas ideas liberales le permitieron recibir en su casa, hacia fines de 1900, al primer sacerdote católico que llegó informalmente a San Andrés.

De esta unión nace Víctor Abrahams Bernard, niño judío, convertido más adelante al catolicismo y, una vez adulto, casado con Catherine Hudgson, sanandresana protestante. Esta es la familia de Thelma, Iris, Mary, Víctor y Ethell Abrahams Hudgson, niños educados bajo los preceptos de la religión materna, a pesar de que algún día el padre hizo bautizar a Thelma, la mayor de sus hijos, aprovechando la presencia transitoria de un religioso católico.

Ritos africanos en el credo bautista

El protestantismo, y especialmente la Iglesia bautista, ha sido el culto dominante en el archipiélgo. Se introdujo, de una parte, con las colonias y las misiones británicas que llegaron desde el siglo XVII; de otra, e indirectamente, desde Estados Unidos cuando, hacia 1782, llegó a Jamaica un esclavo liberado que se propuso difundir esta religión por el Caribe. Son estas las razones de su presencia; pero son otras las que explican la fuerza con la cual se anidó este credo en una población de origen triétnico.

En primer lugar, porque hacia la segunda mitad del siglo XIX los esclavos que desde 1840 iniciaron el camino a la libertad (en 1799, después de muchas rebeliones y como sucedió en todos los lugares donde existía la esclavitud, se da el levantamiento de los esclavos de San Andrés), empezaron a officiar en sus distintas ceremonias religiosas. En segundo lugar, porque diversos elementos de las culturas africanas originarias fueron incorporados en sus rituales, encontrando en esta forma de religiosidad espacios de identificación con sus ancestros. A su vez, esto les permitió prácticas de supervivencia —para incrementar la producción, para la sanación, para la defensa del medio—, a la postre funcionales en grupos de contados recursos que carecían de cualquier asistencia estatal⁵.

Todos los domingos se reunían los fieles sanandresanos para celebrar el culto y conocer la Biblia. En medio de cánticos y oraciones se congregaban en torno al árbol de tamarindo que aun existe en el barrio La Loma, en el lugar donde se construyó la primera iglesia bautista de la isla. A pesar de la resistencia de los blancos isleños, esta iglesia inicia la alfabetización de los esclavos a través de las escuelas dominicales: les enseñaba la Biblia leyéndola y comentándola en grupo. Más adelante, funda la primera escuela formalmente organizada, amén de una biblioteca pública hacia 1890. Se calcula que a fines del siglo pasado, el 90% de la población sabía leer y escribir y el 95% era simpatizante o bautizado en el credo protestante. Aún hasta los años cincuenta de la centuria que termina —como lo cuenta Miss Iris—, los domingos eran sagrados: después de asistir a la iglesia, se visitaban los amigos y los enfermos. Nadie trabajaba y los pocos almacenes que existían, jamás abrían sus puertas. Era un día para la reflexión y para la familia.

Los principios impartidos por esta religión se enmarcan en el más estricto espíritu puritano: se exalta el orden, la honradez y la extrema obediencia a la norma; el cuidado de enfermos, ancianos y pobres. La educación de los hijos, es imperativa. Se condenan y sancionan las peleas, los chismes, los robos, las relaciones sexuales extramatrimoniales. Se prohíben, entre otros, el baile y el alcohol.

En este ambiente, las enseñanzas del abuelo encuentran eco perfecto en la pequeña Iris Abrahams Hudgson. El contribuyó a formar su

5. Cfr. FRIEDEMANN, Nina S. de. Op. Cit. págs. 149-152.

férrea disciplina, repitiéndole en el discurso y en la praxis: "Si tienes algo que hacer, hazlo ya... Cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa... En lo que hagas hoy, labrarás tu mañana... La misión de la mujer está en los hijos..." Esta niña conoció y amó entrañablemente a su abuelo, Alexander Abrahams: un hombre de baja estatura que la sentaba en sus piernas narrándole historias maravillosas de su vida trashumante. Ella escuchaba embelesada mientras le hacía trenzas en sus barbas pobladas y blancas, anudándolas con cintas multicolores. Era un infatigable lector y de él aprendió el amor por los libros. Leía en su lengua hebrea y en inglés. Con su hijo se comunicaba en hebreo. Con los demás, lo hacía en inglés. Ni el abuelo ni el padre de Miss iris hablaron jamás el español.

Para ser colombiano hay que ser católico

Con la política de la Regeneración, la Constitución de 1886 y el Concordato que le siguió en 1887, el país se dió a la tarea de "reducir y civilizar" a las "tribus salvajes" de los territorios nacionales, los cuales debían convertirse en territorios de misión a cargo de la Iglesia Católica. En este marco llegan a Providencia, en 1902, los primeros sacerdotes católicos pertenecientes a la orden de los Josefitas. Esta comunidad convirtió a un grupo de bautistas inconformes, pero actuó respetuosamente frente a la cultura isleña y sus valores; por ello no propició conflicto con unos moradores en abrumadora mayoría protestante.

Sin embargo, el objetivo de la Regeneración era sostener la unidad nacional sobre la base de la unidad lingüística y religiosa. Colombianizar era el propósito de la política cultural en este período y ello significaba imponer un modelo de aculturación que tenía por propósito hispanizar y catolicizar a toda la población colombiana. La búsqueda, obviamente, consistía en alcanzar la cumbre en "la civilización": hablar español, ser católico y, de preferencia, blanco.

La educación, en consecuencia, debía estar bajo la órbita de la Iglesia Católica que sabría convertir los dogmas y normas de su religión en el eje de la formación impartida a través del aparato educativo. Por esto, desde 1912 se aplicaron formalmente las medidas de la Regeneración y las escuelas católicas, en adelante, se sostuvieron con presupuestos del tesoro nacional. De esta manera, en 1926, arriba a San Andrés la orden de los Capuchinos. Desde el primer momento aflora el choque en tanto venía con la tarea de poner en marcha los mandatos de 1886 y por eso inicia la persecución contra los

protestantes: sus credos, sus prácticas cotidianas y su lengua; es decir, la persecución de la cultura nativa en el archipiélago.

Con la llegada de los capuchinos españoles se introdujeron las fiestas oficiales católicas y la adoración de imágenes sagradas en una cultura que no admitía mediaciones entre los fieles y su Dios: "Los niños fueron obligados a traer cada mañana flores para adornar las imágenes de la virgen y de los santos"⁶. Se cuestionaron las prácticas religiosas nativas, dueñas de supersticiones y creencias de origen africano. Se instauraron todo tipo de campañas sectarias en nombre de la Constitución y el Concordato: acoso policial a pastores y seguidores; sabotaje a sus ritos; invalidez civil de los actos religiosos protestantes, tales como el bautizo o el matrimonio, razón por la cual sus uniones se convirtieron en "ilegítimas" y sus hijos en "naturales"; con las obvias consecuencias en términos de discriminación escolar, juicios de sucesión, o apropiación de la tierra. La familia legal ha sido venerada por el isleño y la censura social al concubinato acometió contra los matrimonios de bautistas y adventistas⁷. Esto significaba que el matrimonio legítimo era administrado sólo por la iglesia católica. De esa manera se ejerció una forma de inquisición que llegó hasta la quema pública de biblias protestantes en 1950; y, asimismo, a la creación de la figura del "job catholic" —católico por empleo— que por imposición oficial exigía, para el desempeño de ciertos cargos públicos, ser católico y hablar español. Era una peculiar forma de "conversión" hacia la religión de "todos" los colombianos. Cualquier otra era declarada herejía total o sistema de errores.

Viviendas multicolores de mirada a la mar

Miss Iris Abrahams fue protestante en sus primeros años. Junto con sus hermanos, vivió una infancia feliz en medio de muñecas y juegos, y entre una población que apenas llegaría a los tres mil habitantes. Su casa, como casi todas las de aquella época, se construyó, bajo la dirección de su padre, en madera machihembra; otras se hacían en palma de coco. Sus espacios interiores y exteriores estaban claramente diferenciados —cisternas y letrinas distantes de la casa; la

6. Clemente, Isabel. "Educación y Cultura isleña 1847-1930". En, "San Andrés y providencia: tradiciones culturales y apertura Política". Clemente, Isabel (Coordinadora). Ediciones Uniandes. Tercer Mundo Editores. Bogotá, Colombia 1989. pág. 205.

7. Ibidem. Cfr. págs. 200-206.

colores de la gar... —... a... de...
una el... de... para la...
... con... y...
... de...

... se...
... con...
... de...
... de...



Miss Iris en su casa de San Luis

cocina, en lugar separado—; amplios balcones de mirada a la mar eran el lugar de descanso para la familia extensa; también, el sitio de encuentro y comunicación con los vecinos. Las casas se pintaban entonces con colores vivos y alegres, en armonía con el espíritu alborozado del isleño.

Su vivienda se levantaba sobre pilotes para aislar la humedad y contar con un depósito de materiales. La rodeaban amplios espacios para los cultivos de coco, yuca, plátano, ñame, y para la cría de algunos animales domésticos. Hasta las primeras décadas del siglo XX, la forma de vida de los isleños guardaba rasgos importantes de las comunidades primitivas: Miss Iris nos cuenta cómo los productos cultivados o los frutos de la pesca, se distribuían e intercambiaban equitativamente entre las familias. Era frecuente que parte de los terrenos familiares se utilizaran como cementerio de sus deudos. En San Andrés no existía diferenciación socio-económica de sectores o barrios; el prestigio lo determinaba la extensión del terreno así como el tamaño y tipo de vivienda. Tampoco la idea de arrendamiento: casas o tierras se cedían bajo el empeño de la palabra del pariente o del amigo que las requiriera. El concepto de familia ha sido fundamental para el isleño y una condición para conformarla legítimamente radica en la consecución de vivienda. En muchos casos “...el noviazgo puede prolongarse hasta diez y más años, es decir, hasta que el hombre haya acumulado suficiente para la adquisición de una casa”⁸.

Las enseñanzas paternas y su sensibilidad creadora

Iris Abrahams fue gran amiga de su padre, Víctor Abrahams Bernard, judío-católico y en su juventud, marinero de un barco de comerciantes. En las noches, se recostaba junto a él en el balcón de su casa para escucharle narraciones infinitas sobre Antares, Sirio, Aldebarán y todas las estrellas que iluminan sueños y fantasías terrenales. El le enseñó a conocer la luna con sus fases, y los sortilegios de su presencia en la poesía. Los dos madrugaban para contemplar la salida del sol. También le contaba hermosos cuentos y fue quien alimentó sus primeras inquietudes artísticas y propició el despertar de su sensibilidad creadora. Siempre encontraban momen-

8. Robinson Davis, Dilia. “*La otra cara del paraíso turístico: condiciones socioeconómicas del nativo en el puerto libre de San Andrés y Providencia*”. Tesis de Grado. Facultad de Sociología. Universidad Social Católica de la Salle. Bogotá, 1974. pág. 48.

tos para deleitarse con lo bello en un espacio donde no se conocía la luz eléctrica, el carro o el avión.

Su hermana mayor se casó muy pronto y “como hasta ese momento no había varón en la familia” (Miss Iris ocupa el segundo lugar entre los hijos; después, le sigue Mary; luego de doce años, nace Víctor; la menor es Etheel, única hermana sobreviviente), ella era la compañera en los oficios del padre: se sentaba a observar cómo trabajaba la madera, cómo diseñaba y construía los muebles y utensilios para su casa. Miss Iris, en la misma forma, le ayudaba a cuidar las canoas que utilizaban para la pesca. Y cuando él se ausentaba, esta niña corría al almacén de la tía Pordy, donde aprendía cuanto le era posible.

Una bachiller del archipiélago

Su padre quería que ella estudiara. La educación ha sido un valor primordial en el isleño y un canal de ascenso social. Los primeros años los cursa en una de las tres escuelas que por entonces existían en la isla. Después, se traslada con la familia a Bocas del Toro (Panamá) donde Víctor Abrahams debía realizar algún trabajo. Allí termina la primaria. A pesar de que Panamá desde 1903 estaba en manos de Estados Unidos, aun no se requería pasaporte y era posible viajar frecuentemente a este lugar; pues como lo señala Miss Iris, junto con Costa Rica, Nicaragua y San Andrés, eran como una sola patria.

Su bachillerato, en inglés, lo cursa en el principal puerto de Nicaragua, Bluefields; en esta ciudad vivían el abuelo y las tías maternas. Fue siempre una alumna destacada, particularmente en el dibujo: manejaba con destreza el carboncillo, cosa que a su madre le molestaba: “para nada bueno le sirve la pintura a una mujer”, le insistía una y otra vez. Con la secundaria, aprendió matemáticas y mecanografía. Al regresar a San Andrés, quería ser maestra pero la política de la Regeneración estaba en plena marcha y el gobierno ofrecía oportunidades para que los futuros profesores nativos aprendieran español. Así, se otorgaron cuatro becas para viajar a Cartagena entre quienes habían concluido la primaria, y una, para aquel que, terminando la secundaria, estuviera dispuesto a llegar hasta Bogotá. Miss Iris ganó este último concurso: era la única mujer bachiller de la isla. En adelante, estas becas aumentaron, al igual que la presencia de los educadores religiosos católicos del interior.

Tenía quince años cuando, en compañía del tío Emmanuel, empacó sus baúles y se enrumbo hacia Colón —Panamá—. Luego, en barco

de vela, arribó a Cartagena; en tren, siguió hasta Calamar y de allí tomó un barco de vapor que la condujo, Magdalena abajo, hasta La Dorada. En este recorrido su amor por el paisaje despertó en pleno; quería apropiarse de cuanto veía y tenía la certeza de lograrlo: los micos saludando desde los árboles; la vegetación espesa y dueña de todos los verdes; los cocodrilos somnolientos tomando el sol en los playones. Fue una experiencia que Iris Abrahams califica como maravillosa. De La Dorada, viajó en tren a Beltrán, donde otra embarcación la llevó hasta Girardot. Finalmente, en el último tren, llegó a Bogotá. Diecisiete días duró el viaje que la condujo al frío de esta ciudad; un lugar que, a pesar de ser desconocido, no le resultó extraño pues había leído cuanto encontró sobre él y su gente. Sin hablar una sola palabra de español, ingresó a la Normal Central de Instructores, de orientación católica. En poco tiempo, aprendió el idioma, fue la gran amiga de todas y la más importante embajadora de las islas: incesantemente hablaba de la mar, de sus playas, de sus paisajes y de las costumbres isleñas.

Cuando cumplió dieciséis años, se convirtió al catolicismo. Un domingo de 1916 decide bautizarse antes de comenzar la misa. En la misa, hace su primera comunión y al concluir ésta, recibe la confirmación. Su padrino de bautizo fue el Ministro de Instrucción Pública, Emilio Ferrero, quien igual fue padrino de la abuela de Simón González Restrepo. Este último personaje, a juicio de Miss Iris, de los isleños y de todo el país, ha sido el mejor gobernante de las islas en la historia del archipiélago; también, el ser excepcional que le envió flores a los hospitales en los que se vio recluida tras el accidente que la sometió a una silla de ruedas—. Como madrina de confirmación tuvo a la subdirectora de la Normal. Confiesa que ese día, ha sido uno de los más felices de su vida. Desde entonces profesa la religión católica, pero respeta profundamente el culto de los protestantes.

Prohibido hablar en la lengua madre

Tres años alcanzó a vivir en Bogotá. Regresó a la isla en 1917, luego de un temblor de tierra que por poco destruye esta ciudad. Su padre, temeroso, no la dejó regresar. Y empezó a trabajar como maestra de español en una de las escuelas de La Loma. Como el inglés era asociado al protestantismo, se volvió una amenaza para el establecimiento. De esta manera, el idioma de las escuelas públicas oficiales sería en adelante el español. Así, se prohibió a los niños isleños hablar en su propia lengua so pena de castigos que llegaban hasta la

pérdida del año o la expulsión definitiva. La mayor parte de los maestros, religiosos-católicos llegados del interior, sólo hablaba el español, y los alumnos, únicamente el inglés. El resultado obvio era la incomunicación que condujo a que se privilegiara el método de enseñanza memorístico: repetición de las lecciones impartidas en español. Los niños no leían este idioma o lo hacían deficientemente. Los textos memorizados no se comprendían y los contenidos, en consecuencia, pasaban desapercibidos. En palabras de Miss Iris, terminaban aprendiendo como “loros”. Por todo esto, el nivel de las escuelas católicas siempre se consideró inferior al de las protestantes. Las católicas, al ser financiadas por el Estado, eran gratuitas; luego, quienes asistían a ellas eran los más pobres de la isla. Estos, terminaban recibiendo una educación que en poco contribuía a mejorar sus condiciones de vida.

A más de lo anterior, el inglés criollo, la lengua matriz, seguía utilizándose en la conversación cotidiana del isleño pero, por estar prohibida en el pénsum escolar, no se enseñaba su gramática, su ortografía, ni menos su literatura. El corolario: no se adquiere correctamente la lengua impuesta y pierden el dominio escrito de la lengua madre, la cual pervive sólo en la transmisión oral⁹.

En el habla del isleño se encuentran, de un lado, el inglés criollo, amalgama de las lenguas nutricias: desde el inglés británico y las indígenas americanas, hasta las que trajeron del Africa los esclavos. A pesar de contar con un léxico inglés, su sintaxis y su morfología constituyen otro idioma, fruto de un riquísimo proceso de creación lingüística. Del otro lado, está el inglés estandar caribeño, cuyo estatus emerge de la educación bautista que lo convirtió en la lengua de prestigio. El primero es el lenguaje espontáneo, informal y coloquial; el segundo, es el del discurso vigilado, formal; el del maestro y el pastor en el culto. El inglés estandar se ha respetado pero a costa de la lengua criolla contra la cual se ensañó la discriminación lingüística, ejercida incluso por el turista que la convierte en objeto de burla, ignorante de su inmensa grandeza.

Un esposo que jamás eligió

Cuando Iris Abrahams alcanza los dieciocho años, su madre, Catherine Hudgson de Abrahams, decide que llegó el momento para

9. Cfr. Clemente, Isabel. Op. Cit. pág. 207.



La costura otra de sus actividades.

el matrimonio y que el indicado como futuro esposo es Whilder Robinson, un isleño de veintiseis años. Una determinación que, por aquella época, tomaban los padres y frente a la cual las hijas sólo debían obedecer. En diciembre de 1918, cuando su padre ya había muerto, la maestra de entonces, cumple la orden materna. Aún sonríe cuando se le pregunta si estaba enamorada de alguien que apenas conocía y jamás había elegido. Afirma que en esta experiencia aprendió muchas cosas; entre otras, el amor intenso hacia los hijos, a quienes se entregó con dedicación; los amamantó hasta los dieciocho meses. Nunca les preparó un biberón. En su niñez no conocieron un médico y hoy todos le siguen los pasos en una saludable longevidad: el mayor tiene setenta y dos años y aun trabaja vigoroso en un hotel de Santa Marta. No obstante, si pudiera elegir de nuevo, jamás se casaría.

El hogar, único espacio de la mujer casada

Como típica isleña, esta mujer es exponente del más rancio conservadurismo puritano. Por tanto, aun piensa que la mujer que se casa pertenece exclusivamente al espacio de lo doméstico donde debe cumplir la misión que Dios le señaló: atender al esposo y cuidar de los hijos. Ciertamente, en el San Andrés de los años veinte, las mujeres no trabajaban fuera del hogar. Sin conturbarse, cumplían los mandatos de su religión.

“Mujer que quiere trabajar y estar en la calle —señala la pintora— no debe casarse. La casada tendrá hijos y esposo y a ellos tiene que dedicarse”. Por esta razón, si pudiera volver a nacer, de una cosa está segura: permanecería soltera. Se dedicaría a colmarse de conocimientos, a pintar con ahinco la belleza y a enseñar al mundo cuanto hubiere aprendido. De esta manera, alcanzaría el sueño de su vida: fundar su escuela ideal. A este centro asistirían sólo niñas y, por encima de todo, les enseñaría a *ser mujeres*: primero aprendiendo a comportarse decorosamente; con buenos modales, discretas y recatadas en el vestir. Segundo, instruyéndoles en cuanto les corresponde por género: a limpiar y ordenar la casa, a coser, a cocinar. Pensaba en una nueva metodología que despertara en ellas el amor por el conocimiento y por los libros. Si aprenden a hacer el pan, deben saber la procedencia de la harina hasta llegar al trigo. Si cosen o tejen, tendrían que remontarse al algodón o a la naturaleza de la oveja. La cocina enseñada, conduciría a un nuevo concepto del cuerpo y de la salud que, en parte, desvirtuaría la razón de ser de los hospitales. Miss Iris intentó fundar una de estas escuelas pero le negaron la

licencia. El argumento: ellas debían estar en manos de las monjas porque son las mejores educadoras.

Esta sanandresana considera que si la mujer trabaja fuera del hogar —por ser soltera o porque como casada las circunstancias se lo impongan—, debe actuar en el marco restringido que oscila entre la maestra y la modista. Para élla, carece de sentido pensar en presidentas, en ministras, en jefas y, menos aun, en científicas. Contra sus convicciones, Iris Abrahams ha trabajado siempre. Después del matrimonio, durante nueve años, siguió como maestra de español en San Andrés y en Providencia: la responsabilidad económica de los hijos, era también suya. Más adelante, el esposo fue contratado en la zona del Canal y con la familia se desplazó hacia Colón. En Panamá vivió veinticinco años continuos y treinta y cuatro en total.

Ornamentos y estandartes, preludio de la pintora

Al poco tiempo de su permanencia en ese país, se separa del marido y debe asumir la obligación total de los hijos. Como modista, hacía trajes de ceremonia, de novia y todo tipo de bordados. Luego, se convierte en costurera de sotanas para los sacerdotes de Colón y del interior; incluso, llega a recibir encargos desde Estados Unidos. Posteriormente, hace los ornamentos para el altar y para las distintas ceremonias religiosas. Después, cose, borda y pinta los estandartes para las procesiones; muchos de éstos son considerados hoy verdaderas reliquias: fueron trabajados en hilos de oro con absoluta maestría. Un buen día, algún sacerdote que conocía de sus aptitudes pictóricas la recomendó ante el párroco de su iglesia, quien quería un cuadro de Jesús igual a otro que estaba destruido. Miss Iris aceptó el reto, recibió los materiales y lo logró. Entonces, empieza su afición por la pintura centrada en los temas religiosos. realizó diversos cuadros de cristos, vírgenes y santos, encomendados desde distintos lugares. Se dedicó también a restaurar estatuas, imágenes y frescos en las iglesias de Colón y de otras ciudades panameñas; viajaba de un lugar a otro, convirtiéndose en la restauradora de cabecera de diferentes parroquias.

Iris Abrahams amó la pintura desde niña, pero el ambiente de sus primeros años le prohibió incursionar en élla. Primero, su madre expresamente se oponía: veía en el arte la perdición de las mujeres. Segundo, ni en la escuela ni en el colegio enseñaban con rigor los rudimentos del oficio. Por último, se casa con un hombre pobre que

ni puede ni le interesa apoyarla. Sin embargo, la inclinación permanece indeleble y, de alguna manera, la sacia en la lectura sobre los maestros del Renacimiento a quienes considera los más grandes de la pintura universal. Son los designios de Dios —enfatisa la artista— los que hicieron posible el que, siendo ya adulta, pudiera llegar a ese mundo maravilloso de la creación en el cual trabaja desde su permanencia en Panamá.

Con recursos precarios, una gran colección

Como buena artista, es amante de la música. De pequeña, en Bluefields y en Bogotá, aprendió a tocar el piano. Pero —según afirma— “Cuando uno se casa, renuncia a todo. No tenía el instrumento y menos el tiempo para dedicarme a él”. Viviendo en Colón, logró una hermosa colección de lo que más le gusta. El primer disco que compró fue el Danubio Azul; el segundo, El Vals del Emperador y así, siguieron todos los vals de Johann Strauss y cuanta composición clásica le fue posible adquirir. De la navideña, que la colma de alegría, logró un buen acopio; lo mismo de Jazz y, más adelante, una gran recopilación de Country Music. En algún almacén de Colón había promoción de discos un día en cada mes: se adquirían diez por el valor de uno. Como la fecha era sorpresiva, ella pasaba todos los días hasta encontrar lo que buscaba. De otra parte, un sanandresano de apellido Palacio, trabajaba en un lugar donde durante veinticuatro horas diarias colocaban las melodías de moda; al cabo de dos o tres semanas, cambiaban el repertorio. Lo que iba quedando, lo vendían a precios ínfimos. El paisano sabía de las apetencias de Miss Iris y guardaba aquello que élla compraba emocionada.

En busca de los orígenes

Regresa definitivamente a San Andrés en 1956, cuando la isla experimenta las primeras consecuencias de su condición de puerto libre. Con todo y su cariño hacia Panamá, sentía honda nostalgia de su patria y de su isla. Su exmarido había muerto en 1939 y sus hijos eran ya adultos. Al preguntarle si al quedar viuda no le provocó volverse a casar, su respuesta es categórica: “Para casarme otra vez, el hombre elegido tendría que ser tan especial que no existe. Porque estoy acostumbrada a mandar y a hacer lo que me da la gana y si uno se casa está obligado a obedecer al esposo. Es la ley. Nos lo ordena la Biblia. Y no voy a permitir que otro disponga de mí. A su vez, el hombre que yo pueda ordenar no me interesa porque es un tonto. Así

aparece en la intersección de las líneas. Sin embargo, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas. En consecuencia, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas. En consecuencia, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas.

Construcción de un sistema de coordenadas.

Como se puede ver en el diagrama, el sistema de coordenadas se construye en el plano cartesiano, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas. En consecuencia, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas.



Paisaje al óleo.

El paisaje de los ríos.

Respecto a la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas. En consecuencia, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas. En consecuencia, la longitud de las líneas que se dibujan en el diagrama, al ser una línea recta, se mide sobre los ejes del sistema de coordenadas.

que, como él debe mandar y yo no quiero que me manden, por eso decidí estar sola desde hace más de cincuenta años”.

Cuando Miss iris retorna a la isla, lo hace sólo con una hija y decide que no va a vivir en casa ajena. Recordando las enseñanzas de su padre elabora los planos, consigue un albañil, un carpintero y un ayudante, les dirige el trabajo y construye una vivienda como ella la deseaba. En esta casa del barrio San Luis vive desde entonces; allí concurren sus hijos, sus nietos y sus bisnietos con quienes conversa en el inglés criollo de sus ancestros.

A su regreso, vuelve a su condición de maestra porque enseñar, compartir sus conocimientos, es lo que más ha amado en la vida. En pintura, continúa desarrollando la temática religiosa. Trabajar la figura humana no le ha interesado y son escasos los cuadros realizados con ella: quizás el de su bisnieto preferido quien vive con Miss iris desde cuando tenía dos meses —hoy es un joven de quince años—; el de una negra que decidió pintar para mostrar la belleza de las mujeres de su raza; además de otros dedicados a algunos de sus hijos.

Los paisajes del viejo San Andrés

Siempre deseó pintar paisajes del San Andrés incontaminado de sus recuerdos, que, a su juicio, son los más bellos del universo. Desde hace más de treinta años, los convirtió en el tema de sus óleos. Por eso y por su forma de vida originaria, hizo su vivienda mirando a la mar: se sentaba a contemplarla desde la madrugada sintiendo palpitante la inspiración. Desafortunadamente, construyeron unas residencias justo al frente y a escasos metros de la casa de Miss iris. Lerobaron la mar y le arrebataron el paisaje. Todo como consecuencia de las transformaciones en el patrón de asentamiento y en el tipo de habitaciones, iniciadas desde cuando la isla adquirió el carácter de puerto libre (1953). El proceso de urbanización fue lento en la primera década. A partir de los años sesentas toma otros rumbos y, tras la densificación de los asentamientos, conduce a la lucha de los distintos grupos por el espacio y la vivienda¹⁰.

10. Cfr. Ruiz, María Margarita. "Vivienda, asentamientos y migración en San Andrés islas 1950-1987". En "San Andrés y providencia: Tradiciones culturales y coyuntura política". Clemente, Isabel (Coordinadora). Ediciones Uniandes, Tercer Mundo Editores. Bogotá, Colombia, 1989 págs. 209-216.

Casa y calles se transforman

Desde sus orígenes, el archipiélago ha sido objeto de diversos y continuos movimientos migratorios. Sin embargo, es en la segunda mitad de este siglo cuando especialmente la inmigración adquiere volúmenes notables, por dos motivos particulares: el interés que despierta San Andrés como puerto libre; y, las condiciones de pobreza, desempleo y/o violencia que obligan a grupos continentales del norte del país y a extranjeros —Líbano, Palestina, Siria y Nicaragua— a emigrar hacia estos territorios insulares.

A partir de 1970, además de readecuarse los asentamientos, de dividirse las viviendas de los isleños para dar cabida al cúmulo de continentales emigrantes de escasos recursos, se da gran impulso a la construcción de la infraestructura para el turismo, el comercio y la administración de las islas. Las casas sufren alteraciones significativas: se reducen y redistribuyen sus espacios; las partes que antes se construían separadas —cocina, letrina, cisterna—, se incorporan a la vivienda. Desaparecen los pilotes, porque veinte años atrás se dió el relleno de pantanos y manglares. Aparecen las cercas que dividen las unidades habitacionales, expresando un nuevo concepto de la propiedad. El cementerio familiar se extingue y los muertos se congregan en un único espacio. A pesar de lo reducido de los terrenos, los cultivos, y la pesca, como actividades adicionales a los trabajos asalariados, aún coexisten. El balcón se mantiene desempeñando la función de convocar a la familia y al vecindario. Con todo y las mutaciones ocurridas, persiste la tendencia a respetar y a perpetuar el estilo tradicional de las viviendas familiares.

Ciertamente y como lo plantea Miss Iris, las modificaciones han sido profundas y lejos están de beneficiar al nativo. El cambio que de manera inmediata y con mayor fuerza se percibe en el 'nuevo San Andrés', es la introducción del cemento en pequeñas y grandes construcciones: ha transformado la arquitectura y el paisaje isleños. Diversos organismos nacionales e intendenciales, desde hace varios años, acometieron la construcción masiva de casas que luego venden a continentales e isleños. En más de una situación, la propiedad ancestral no se le respetó al nativo, por no contar con el documento catastral que la demostrara y que hasta 1950 carecía de importancia en el archipiélago. En contraste, gran parte de las tierras transmitidas de generación en generación, se le venden a continentales y extranjeros, en detrimento de la condición de los isleños originarios; muchos de ellos, se han visto obligados al tugurio que jamás su historia conoció.

Temas y técnicas de una pintura ingenua

Por estas profundas alteraciones en la vida de los isleños, Iris Abrahams ahora tiene enfrente un muro de concreto, y debe conformarse con el recuerdo en la creación de sus pinturas. En ellas, a más de una mar de infinitas intercadencias, están las palmeras, las playas, las canoas y los pescadores; los caminos de antaño recorridos a caballo; las puestas del sol y las auroras transparentes. Son las reminiscencias de la infancia.

Esta pintora trabaja el óleo sobre tela, cartón, papel o vidrio. Nunca usa aceites o mezclas. Pinta directamente del tubo, y, sin rodeos, combina los colores sobre el lienzo. No conoce el boceto. Elabora un cuadro cuando la idea llega, fiel a como ella se presenta. Sólo pinta en el día. La única motivación para hacerlo es el placer de expresar un recuerdo en formas y colores mensurados y hermosos; es el gusto de "retratar" —porque así es su pintura—, "de atrapar en un cuadro algo de la belleza que Dios nos ha brindado", según sus propias palabras. No le interesa si sus cuadros se venden o no, así necesite el dinero. Sin embargo, cada día más turistas, nacionales y extranjeros, compran los paisajes ingenuos de la mejor paisajista del archipiélago. Ella ama su pintura en la misma medida en que rechaza el abstracto porque, "... cómo puede gustarme lo que no entiendo...?"

Tiene, como todo artista, sus cuadros consentidos. Particularmente, algunos de la temática religiosa de sus primeros años; otro, de un paisaje desolado y sombrío en cuyo fondo aparece un árbol enjuto y sin hojas; dice que le gusta porque la representa pues es una planta "seca y vieja como yo". Le han ofrecido por él mucho dinero, pero no lo vende hasta cuando encuentre la persona que en verdad lo aprecie. Ella sabrá conocerla cuando llegue.

El temor a la ociosidad

Iris Abrahams se fracturó la cadera en un accidente casero, hace cerca de trece años. Desde entonces, vive en una silla de ruedas que no le impide mantenerse tan activa como antes. Se levanta con el alba, se organiza y, ordena la casa —adaptada con rampas para su circulación—; después de tomar una taza de café, hacia las ocho de la mañana está pintando en su pequeño estudio. Le teme a la ociosidad y cuando se cansa de pintar, teje sus carpetas en las cuales ensaya nuevas puntadas y diseños; más tarde, borda o cose a máquina sus vestidos: una vieja cortina la convirtió hace años en cubrelecho y,

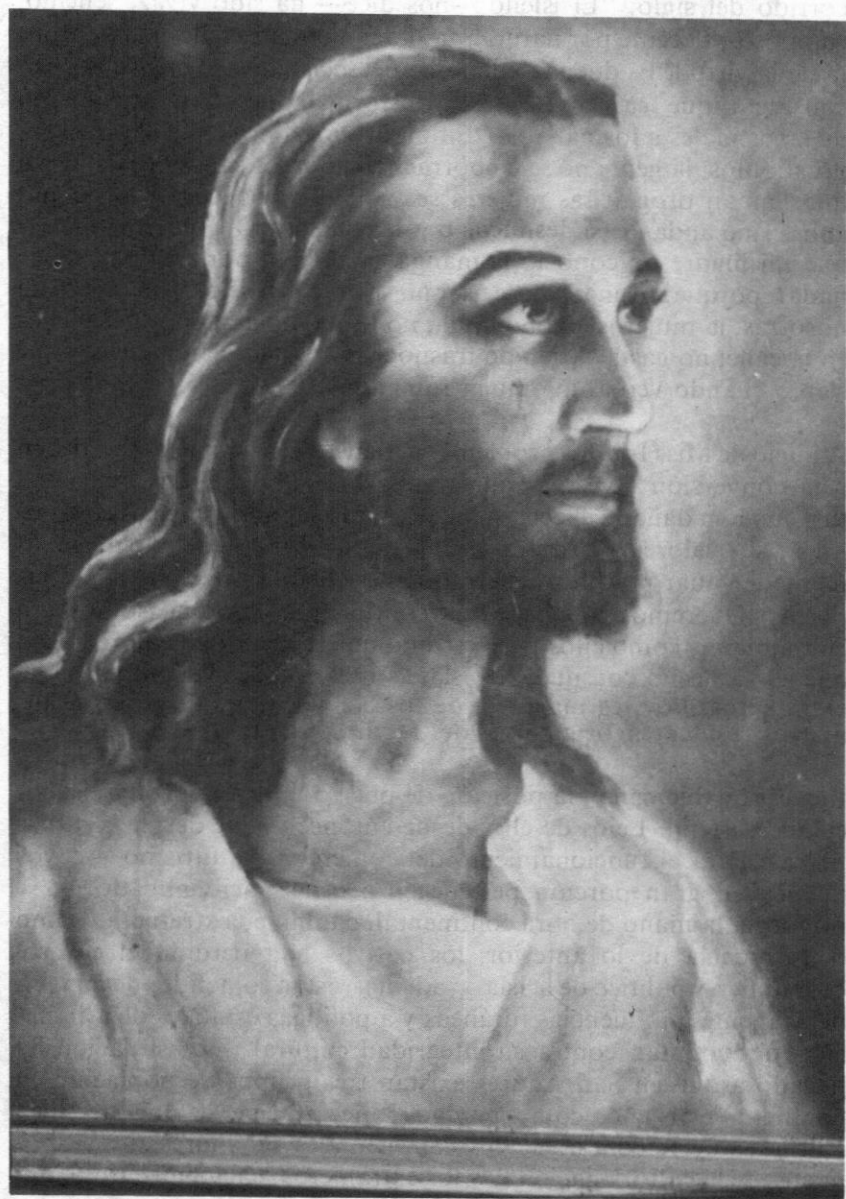
recientemente, lo volvió un vestido que luce con orgullo: “vivir esclavo de la moda —indica Miss Iris—, sólo ha acarreado problemas. Ya no sabemos distinguir entre lo que necesitamos y lo que deseamos por mandato de la televisión”. También hace bellas tarjetas de navidad y es una excelente cocinera de postres y de comida internacional. los domingos, después de seguir la misa por televisión, generalmente prepara platos especiales para disfrutarlos con los amigos o familiares que llegan de improviso a visitarla.

De la música a la lectura

Le gusta, en las tardes, sentarse a escuchar su música sin ponerse nostálgica porque —argumenta— “carece de malos recuerdos”. Ama la soledad y la disfruta. Es una mujer a la que nada le molesta: considera que cuanto le llega a cada quien es por designio divino y lo único sensato es aceptarlo con resignación. En distintas horas se dedica a la lectura, otra de sus grandes aficiones. Desde niña le encantaron las aventuras del oeste. Empezó la lista de importantes autores con *Los tres mosqueteros* de Alejandro Dumas, cuando sólo contaba con catorce años. Gozaba inmensamente con Hércules Poirot y los episodios misteriosos de Agatha Christie. A propósito de una escritora y su rígida postura ante lo femenino, plantea evasivamente que no está mal, si una mujer escribe como pasatiempo. Nunca como profesión. Hasta hace poco tiempo, leía con fervor la revista “*National Geographi*” porque le permitía viajar por el mundo desde su silla de ruedas. No le agrada Gabriel García Márquez, a pesar de que sólo conoce dos de sus obras. Las historias que prefiere son aquellas en donde ella pueda sentirse como alguna de las protagonistas y en ninguna de éstas quisiera ser una de tales. “Escribe muy bien pero en una de sus novelas —señala, refiriéndose a *El otoño del patriarca*”— no había puntuación ni mayúsculas. No se sabía dónde empezaba o donde terminaba y ... eso a mí me complace”.

La maestría en la miniatura

A partir del accidente, Miss Iris continúa en el paisaje pero ahincada en la miniatura. La maneja a la perfección y le queda más fácil trabajarla desde su silla de ruedas. Ha logrado ya importantes exposiciones de ellas: en Bogotá, en una muestra organizada por el Instituto de Bienestar Familiar, el Ministerio de Gobierno y la Fundación de Amantes de San Andrés y Providencia. En San Andrés ha participado en múltiples exposiciones individuales y colectivas: en el Banco de la República, en la Casa de la Cultura y en la Universidad de Carreras intermedias.



Una de sus primeras pinturas sobre temas religiosos. Panamá.

En defensa de su cultura atávica

Miss Iris Abrahams se resiste a los cambios presenciados en lo corrido del siglo. “El isleño —nos dice— ha sido vivaz, sencillo, rumboso y decente por naturaleza. La mujer nativa, lleva la impronta de la virtud. Es dueña de innata apetencia hacia el bien”. Por eso considera que casi todas las transformaciones han ocasionado diversos males a los nativos: “En mi juventud no había cantinas, ni prostíbulos; la gente no se emborrachaba por las calles ni existía eso que llaman droga. Las mujeres se vestían con decoro y no como ahora que andan casi desnudas por las playas. ¡Qué horror! Pensar que mi madre no conoció la manga corta. Yo, por ejemplo, no se nadar, porque soy incapaz de usar un vestido de baño. Y hablando de nosotras, la mujer isleña no toma, no fuma, no anda por las noches en la calle; no gasta el tiempo trasnochando. ¡Nadie imagina lo que siento cuando veo a una mujer fumando!”

A juicio de Miss Iris, los problemas actuales del archipiélago se deben a la conversión de San Andrés en puerto libre: el comercio y el turismo han dañado el ecosistema y están acabando con sus costumbres y sus valores. “Nuestra gente —indica— se ha dejado ingenuamente engañar por el forastero que ha llegado a quitarle hasta sus tierras. Queremos mucho a los continentales porque somos tan colombianos como ellos pero esto no quiere decir que ignoremos lo que se ha hecho con nuestras islas. Antes, había más influencia de extranjeros; hoy, es mayor la de los continentales, a pesar de los nuevos residentes, originarios del Medio Oriente”.

Incuestionablemente, la posición de puerto libre en poco ha beneficiado al isleño. Lejos de ello, desde entonces, se le desplaza de sus tierras. Para el funcionamiento del comercio y el turismo —cuyos dueños en gran porción pertenecen a otras nacionalidades—, se privilegia la mano de obra continental, o también extranjera. Como consecuencia de lo anterior, los nativos han perdido el control económico y político de la isla; y, además, están sometidos de manera permanente a influencias foráneas y a políticas estatales de asimilación que atentan contra su integridad cultural. Esta situación ha llevado a que en San Andrés existan tres grupos de población en conflicto: el isleño, como unidad étnica dueña de una herencia cultural que le cohesiona; los continentales sanandresanos, exponentes de la cultura nacional; y los extranjeros, nacionalizados o no, provenientes en su mayoría del Medio Oriente, organizados en

ghettos, con lengua y religión propias¹¹. El conflicto emerge como expresión de la lucha de un pueblo en defensa de su cultura atávica y de un territorio que históricamente le pertenece.

Es la cultura y es el territorio de Miss Iris Abrahams, definida por Yasmine Dau (una isleña enamorada y promotora de su tierra y de su gente), como el libro abierto de la historia de San Andrés en lo corrido del siglo XX. Un ser entrañable para los nativos porque, a más de lo narrado, fue la Maestra de gran parte de las últimas generaciones. Una mujer que sin vivir para morir, reconoce a la muerte como una verdad irrenunciable, pero sin angustias ni temores. Es en esencia religiosa y con profunda paz —como élla lo expresa— espera el momento en que Dios disponga el fin de su tránsito terrenal. Mientras tanto, a gritos comparte el secreto de su saludable y dinámica longevidad: no beber, no fumar, no trasnochar y comer cuanto quiera y cuando lo desee. Además, amar la naturaleza y el arte.

Iris Abrahams es símbolo de la cultura isleña. Testigo de excepción e intérprete del antagonismo centenario entre las religiones protestante y católica; entre los idiomas inglés y español; entre los grupos negro y blanco; entre los nativos y los extranjeros. No ha llegado el tiempo de lo irremediable, pero está próximo. La vida y la obra de esta pintora nativa, son la voz que clama porque Colombia se levante en defensa de uno de los más ricos mestizajes americanos. Es el compromiso con nuestras raíces, con lo que realmente somos y con el mañana que anhelamos construir.

11. *Ibidem*. Cfr. pág. 230.